

**XVI Certamen de Relato Corto
“Tito Simón”**

Primer premio en la Categoría Adulto

CHIFLANDO BAJO LA OLMA

Por Juan Carlos Pérez López

**XVI Certamen de Relato Corto “Tito Simón”
Primer premio en la Categoría Adultos**

CHIFLANDO BAJO LA OLMA
Por Juan Carlos Pérez López

Inspirado en un viaje realizado a Pedraza de la Sierra (Segovia)

A los viejos afiladores que se perdieron por los caminos de tierra de este país, quizá siguiendo la melancólica estela de los vientos de otoño. Pero de igual modo a las grandes olmas que daban sombra a las plazas de muchos pueblos de Castilla, árboles que la grafiosis terminó llevándose por delante.

Han transcurrido muchos años, pero ni una sola vez dejo de estremecerme cuando escucho el chiflo del afilador. Sus notas me transportan a un tiempo ya lejano; a un espacio temporal de mi memoria donde el pasado lo veo en tonos grises, como las viejas películas de cine mudo.

Llegué a Pedraza de la Sierra al poco de nacer, cuando mi padre murió. Y aunque buena parte de mi infancia la pasé ocultándome de unos y otros, debo reconocer que los mejores momentos de mi existencia los pasé correteando por las calles pedrazanas en compañía de mis amigos; bueno, en realidad de mi único amigo, con el que, sin entonces yo intuirlo, formaba una extraña pareja: la de los indeseables bastardos.

Las piedras del suelo de Pedraza de la Sierra, henchidas de historia e impregnadas de ardor guerrero y la valentía de tiempos pretéritos, fueron en decenas de ocasiones responsables últimas de las múltiples heridas que me hice al caer. Porque yo tenía una habilidad especial para dar traspies. Así que mi sangre fue derramada sobre ellas en contadas ocasiones. Pero no mis lágrimas, las cuales –yo orgullosos como el que más quedaban contenidas en mis ojos, cristalizadas. Yo tenía mi orgullo, y no estaba dispuesto a derramar una sola gota de humedad por culpa de una herida de nada. Por supuesto que no iba a dejar que una lágrima me delatase como un cobarde o como un blandengue delante de mi compañero de juegos. Yo tenía que ser fuerte, o al menos aparentarlo; tanto como las regias y vetustas casas del pueblo, tras cuyos robustos muros de piedra y tras los ventanales de antigua forja –realizada a golpe de martillo en la fragua- se escondían tanto la historia común del pueblo del que formaban parte indeleble, como asimismo los secretos de las familias, los de las más ilustres y los de las más humildes, que todas tenían su secreto; la mía no iba a ser menos.

Debo reconocer que aquellas heridas de juegos, que yo consideraba de guerra, las lloraba escondido en la Torre del Homenaje del Castillo de los Condestables, como siglos antes allí mismo debieron llorar sus años de cautiverio los dos hijos del rey de Francia, Francisco I. En ella me colaba con la complicidad del guardés. Él, compadeciéndose de mí, hacía la vista gorda cuando me veía aparecer por sus dominios hecho unos zorros, como un soldado tras un combate: con las rodillas o los codos echados abajo o con algún chichón en la frente o sangrando por la nariz, y con los pantalones rotos o la camisa hecha jirones y sucia. Siempre consentía en que me quedara por aquellos pagos hasta que me desahogaba en soledad; hasta que cogía fuerzas para afrontar el doloroso trance de que mi culo se las viera con la zapatilla de esparto de mi madre. Porque el buen hombre conocía de sobra el mal carácter que se gastaba mi madre, una mujer viuda a la que recuerdo siempre triste y enojada, como si la vida la hubiera consumido poco a poco. A pesar de todo la quise con locura, pues

trabajó con ahínco para que en aquellos años de dificultad nunca me faltase de nada, salvo que ella no advirtió jamás lo mucho que yo echaba en falta su cariño maternal. Desde aquel otero sin par me sentía exdueño y señor del pueblo, un niño engrandecido por arte de magia, yo fantaseando con la idea de que por mis venas corría la sangre de los Fernández de Velasco, duques de Frías y Condestables de Castilla, bajo cuyo señorío se relanzó la villa en el siglo XVI y cuyo escudo de armas se encuentra en la única puerta de entrada y salida de Pedraza de la Sierra, lugar donde conocí al afilador. En lo alto de la torre, el viento me despeinaba el pelo y me cortaba la piel con su helor de montaña. Pero lejos de incomodarme, yo me sentía dueño y señor del pueblo, pues con mi vista dominaba la cañada y los paisajes más espectaculares que recuerdo haber visto jamás –estampas realmente bucólicas en otoño e invierno-. Y desde allí mismo podía controlar, cual centinela alerta, el interior del castillo. Alguna vez que otra, creyendo yo que él no me veía, aceché al gran pintor Ignacio Zuloaga mientras paseaba por el patio de armas, quizá al aguardo de las musas que lo inspirasen. Pero lejos de lo que yo creía, él notaba mi presencia, ¿o a santo de qué los cartuchos de caramelos y garrapiñadas que encontraba en la torre cada vez que yo subía a ella? Pero además de la torre del castillo, yo tenía otro escondite que usaba con más frecuencia. Como continuamente yo huía de los niños mayores –a menudo ellos se burlaban de mí y me insultaban diciéndome que yo era un bastardo y que mi padre no estaba enterrado en cristiano-, acudía a refugiarme en la torre de la iglesia románica de san Juan, situada en el extremo sur de la Plaza Mayor del pueblo. En aquella guarida pasaba horas preguntándome qué sería eso de no estar enterrado en cristiano. Pero sobre todo me quemaba por dentro no saber por qué me consideraban un indeseable. Temía que eso fuera un pecado mortal, duda que trataba de aclarar con mis pocas luces, pues cuando una vez le pregunté a mi madre por su significado me respondió con un tapabocas con el que me dejó sentado de culo, por lo que supuse que debía ser algo malo y llegué a la conclusión de que mejor no preguntar a nadie sobre dicho asunto. Así me convencí de que yo era, según sermoneaba el cura desde el púlpito, uno de esos renglones torcidos con los que de vez en cuando escribía Dios. Y eso que en la torre de la iglesia yo me sentía erguido y poderoso al verme por encima de la copa de la olma, el árbol más viejo, rudo, imponente y grandiosos que uno pueda llegar a imaginar, y al que yo, inocente, le atribuí el don de la inmortalidad, creencia que la grafiosis, años más tarde, se encargó de echar por tierra.

La olma estaba plantada en un ángulo de la plaza, junto a la iglesia de san Juan. Su base estaba envuelta por una bancada de piedra circular. Tenía un tronco tan enorme que varias personas agarradas de la mano eran incapaces de abarcar su diámetro, y era tan amplio y acogedor su ramaje –desarrollado a partir de tres grandes grupos que se abrían como los brazos de las abuelas que pretenden abrazar a su prole de nietos- que daba sombra casi completa al mercado de los lunes, que pocos mercaderes no buscaban su sombra en los días de sol intenso. Tanto creció, que sus raíces se adentraron en la iglesia pidiendo derecho de asilo, y levantaron la solería y serpentearon por la nave del templo como fieles arrastrándose hasta el altar, quizá el árbol agradecido y ansioso por rezar sus plegarias para gloria de Pedraza y sus gentes, que tanto cuidaron y veneraron a la vieja olma, cuyas enormes ramas agitadas por el viento, en otoño ya desnudas de hojas y recortadas contra el cielo de bronce al atardecer, parecían los tentáculos de un pulpo gigante que quería atraparlos con ellos. Pues hasta allí, hasta la torre de doble alquería, en ocasiones me llegaron empujados por un soplo de aire indiscreto los susurros de parrafadas clandestinas de gente que, a la sombra de la olma y ajenos a oídos finos como el mío, cerraron tratos de ganado y tierras, aunque también de

casorios, que para algunas familiar las bodas eran como negocios a los que el amor solo podía aportar jaleos y dramas.

La primera vez que vi a José Villar Crespo, el afilador, este empujaba un extraño artilugio por la empinada cuesta que conduce hasta la puerta de acceso de la villa. Mi amigo y yo lo miramos embobados, como si estuviéramos contemplando un bicho raro, un ser ajeno a nuestro mundo. Al llegar a nuestra altura se paró jadeando. “Jodida cuesta” -dijo mientras sacaba del bolsillo de su zamarra un curioso silbato que se colgó del cuello. Lo hizo sonar. Su melodía, cargada de acordes afligidos, me hizo estremecer de pies a cabeza. “¿Qué miráis así, zagales? ¿No habéis visto nunca tocar el chiflo a un afilador?”. Yo no recordaba haberlo visto en mi vida; jamás habría olvidado un soniquete tan afligido como aquel, que me dejó el espíritu cargado con esa pesadumbre que nos entra en los días plomizos, antes de que comiencen a caer las primeras gotas de lluvia. Echamos a correr como si él fuera la viva estampa del tío del saco que anhelaba agarrarnos para sacarnos las mantecas.

Durante todo el día estuve oyendo el sonido del chiflo; corría por las calles como un rumor pregonando quejumbre. José Villar Crespo, el afilador, detuvo su aparatosa máquina delante de la puerta de mi casa cuando ya el véspero andaba contagiándonos su morriña. Noté a mi madre nerviosa, que incluso me soltó una colleja sin venir a cuento. Me asomé a la puerta. Vi cómo el afilador sacaba filo a un cuchillo de una vecina. Las chispas que saltaban, al igual que salía el agua de la boca de mi madre cuando la espurreaba sobre la ropa al planchar, parecía escupirlas la rueda de piedra contra la que frotaba el cuchillo, rueda que rodaba a gran velocidad mientras el afilador pisaba el largo pedal con el que la hacía girar. Me acerqué. Puse mi mano sobre el chorro de pavesas. Para mi sorpresa, sólo noté pequeños pellizcos de un fuego inocuo. El afilador me sonrió, y revolvió mi cabello mirando de reojo hacia mi casa. Cuando terminó su labor, tras pulir el cuchillo en otra rueda de grano más fino y pasarlo varias veces por una cincha de cuero para darle lustre, levantó aquel aparato de madera con forma triangular que parecía el esqueleto de un insólito carro. Se marchó calle abajo, empujándolo con alegría. Antes de doblar la esquina, volvió la cabeza. Me guiñó un ojo e hizo sonar el chiflo de madera. Al entrar en casa descubrí a mi madre detrás de la puerta. Tenía el rostro lívido y la respiración agitada, como si acabara de tropezarse con un fantasma. “Ese hombre es tu tío, el hermano de tu padre. No lo veía desde que ambos pelearon. Ni siquiera fue al entierro de tu padre” –me dijo de modo telegráfico. Nunca más volví a escuchar de su boca una palabra sobre él, ni yo me atreví a preguntar. Pensé que mejor dejar las cosas así.

Al día siguiente volví a toparme con el afilador. Tocaba el chiflo debajo de la olma, espacio de frescor donde alguna vez que otra pudo verse al maestro Ignacio Zuloaga charlando con el paisanaje y amigos, o escribiendo o tomando apuntes. Me puse a su lado sin decir palabra. Al rato, con cierta sorna, me preguntó si me había comido la lengua el gato. “No” –le respondí. “Pues cualquiera diría lo contrario, zagal. ¿Quieres algo de mí? –me interrogó. Señalé el chiflo, que colgaba de su cuello, amarrado por sus extremos con una cinta de cuero viejo. “Eso ni lo sueñes, zagal. Este solo lo toco yo y nadie más que yo hasta que estire la pata” “¿Qué sientes cuando lo tocas? –me sorprendí haciéndole una pregunta más propia de adultos. Clavó sus ojos en los míos. Sentí como si las chispas de su corazón, que latía afilando sus sentimientos, estuvieran raspando mi alma. “Verás, cuando lo toco es... es... es como si besara a mi hijo; sí, eso es ¡cómo si besara a mi hijo!”. Sus ojos se humedecieron. Agachó la cabeza y continuó con su faena, sin abrir la boca y tragando saliva.

La última vez que vi a José Villar Crespo, el afilador, era seguido por los niños del pueblo mientras tocaba el chiflo, imagen que parecía una réplica astrosa del flautista de

Hamelin. Desde la puerta de la villa vi cómo enfilaba el camino en dirección a La Velilla. Di una carrera hasta alcanzarlo. “Eres mi tío”. No me dijo nada. Me sonrió. Revolvió mi cabello. Y se alejó tocando el chiflo.

No tuve más noticias de él hasta un poco después de yo entrar en quintas. Para entonces ya me había hecho respetar con los puños por quienes siendo yo un niño me insultaban y amenazaban con encerrarme en la vieja cárcel, situada desde el siglo XIII en la entrada del pueblo por razones meramente defensivas, pues quedó integrada en el arco de la puerta de entrada y salida de la villa para que, desde su ventana superior, el carcelero vigilara el trasiego de personas en tiempos remotos.

Cierto día, mi madre me llamó a su lecho de muerte. Al acudir, me entregó una pequeña caja de madera. “Te la mandaron hace unos meses. Todo lo hice por protegerte”. Fueron sus últimas palabras. Ni en su hora suprema me ofreció una palabra de cariño, un simple gesto de ternura. Se fue como había vivido: amargada.

No tuve valor para abrir la caja hasta después del sepelio de mi madre. Al salir del cementerio me dirigí hacia la plaza. Me senté bajo la enorme olma. Saqué la caja del bolsillo de mi chaqueta. Retiré la tapa, como si destapase un ataúd donde yo intuía que estaba amortajado parte de mi pasado. En su interior había un chiflo. Lo reconocí al instante. Era el chiflo de mi tío, el afilador; una preciosidad, una auténtica joya realizada a mano en una sola pieza de madera de olmo rematada por la talla de la cabeza de un caballo. Lo tomé entre mis manos. Me lo acerqué a los labios con cuidado, con sumo respeto por su antiguo dueño. Soplé de manera suave, pasándolo a lo largo de mis labios. Su sonido me transportó a mis tiempos más felices. Me pareció estar viendo a José Villar Crespo, el afilador, a la sombra de la olma de Pedraza de la Sierra mientras afilaba cuchillos, navajas y tijeras. El chiflo tenía diez agujeros para soplar. Al voltearlo descubrí que en la base de cada uno de ellos había grabada una consonante o una vocal, componiendo un nombre: Segismundo, el mío.

La noche, con su brisa de fin de verano cargada de humedad y presagios de hoja seca, me sorprendió con todas las incógnitas de mi infancia ya resueltas. Sentí como si estuviera besando a mi padre durante el buen rato que estuve chiflando bajo la olma.

XVI Certamen de Relato Corto, “El Chiflo”, Simón”